

Una experiencia que dejó huella

Jhordan Yesid Ramírez Rojas

Alumno de séptimo semestre de Medicina

Correo: jhramirez08@uan.edu.co

Este artículo trata de mi experiencia como voluntario en el campamento de verano de Euroweek en 2024, cuyo objetivo era ayudar a estudiantes polacos y turcos a mejorar su inglés a través de actividades y dinámicas. Fue un mes y medio lleno de emoción, donde lo más valioso de esta vivencia fue conocer personas de diferentes continentes. Aunque veníamos de contextos distintos, el inglés nos unió.

Todo inició en una noche de julio de 2024. Me sentía algo asustado porque tenía que tomar mi vuelo hacia París, que no solo es una de las ciudades más importantes del mundo, sino que también representaba mi primer acercamiento a la vida en el antiguo continente. Mi vuelo salía a las 11 de la noche, hora de Colombia. Estábamos ansiosos con mi familia, pues estaría dos meses a 11.000 kilómetros de distancia, con horarios y rutinas completamente diferentes. Sin embargo, la emoción de descubrir nuevas cosas y explorar otros mundos superaba cualquier temor.

Mi travesía comenzó en París, donde tenía una escala antes de mi siguiente destino: Ámsterdam. Al llegar a la capital de los Países Bajos, aproveché la oportunidad para explorar la ciudad. Siempre había escuchado historias sobre su libertinaje y peculiaridades, pero descubrí que esta ciudad es mucho más que eso. Desde el primer momento la bicicleta fue el principal medio de transporte, por lo cual esta metrópoli me mostró una gran diferencia cultural respecto a mi país.

Quise sumergirme en la experiencia local, por lo que probé una cerveza Heineken, originaria de los Países Bajos. Luego, visité la casa de Ana Frank: un lugar cargado de historia y emociones. Posteriormente, me dirigí al famoso Barrio Rojo, donde observé las



Foto: estudiantes de diferentes partes del mundo compartiendo la experiencia del voluntariado en Polonia.

vitricas de cristal con mujeres que invitaban a entrar a los transeúntes. También visité un teatro del sexo, algo completamente desconocido para mí la entrada costaba 40 euros y prometía una experiencia única. Tras este recorrido, tomé el siguiente vuelo con destino a Alemania, un país al que le tenía un gran cariño y altas expectativas.

Al llegar al aeropuerto de Berlín, tomé un tren de dos pisos que me llevó al centro de la ciudad. Me sorprendió la eficiencia de su sistema de transporte. Mi hotel se encontraba en un edificio cuya recepción era un restaurante asiático atendido por una mujer que solo hablaba chino y alemán. A pesar de la barrera del idioma, logré hacerme entender y descansar esa noche.

Al día siguiente, lleno de entusiasmo, decidí explorar Berlín. Mi primera parada fue en un restaurante de comida turca para probar un kebab un platillo muy

popular en la ciudad. Luego, planifiqué mi visita y me di cuenta de que dos días no eran suficientes para conocer todo lo que Berlín tenía para ofrecer. Caminé por la plaza central, llena de heladerías y restaurantes; también visité el extinto Muro de Berlín. Finalmente, me acerqué a una de las clínicas más importantes de la ciudad, dado que mi sueño es vivir y ejercer mi profesión en este país. Ver ese hospital me llenó de inspiración y reafirmó mi determinación de seguir adelante con mi carrera.

Después de mi estancia en Berlín, tomé un bus con destino a Varsovia, Polonia, y desde allí un tren hacia Duszynki-Zdrój, una zona rural en la frontera con la República Checa. Al llegar, me recibió un joven latinoamericano llamado Alex, lo que me dio confianza al poder comunicarme con alguien en mi idioma. Dos señores nos llevaron a un pequeño apartamento detrás de una pizzería, el cual sería mi hogar por el siguiente mes y medio.

En mi habitación conocí a un africano de Zimbabue y a un georgiano llamado Nikita, a quien con el tiempo llamamos “Nick”. A pesar de nuestras diferencias culturales, formamos un vínculo especial. Me explicaron que el propósito del campamento de verano de Euroweek era ayudar a estudiantes polacos y turcos a mejorar su inglés a través de actividades y dinámicas. Mi entrenadora fue una mujer de Zimbabue, quien me enseñó cómo manejar grupos de diferentes edades. Nuestra rutina consistía en desayunar con un típico plato polaco y luego realizar caminatas y juegos con los niños para mejorar su confianza en el idioma.

Lo más valioso de esta experiencia fue conocer personas de diferentes países como Siria, Israel, Arabia Saudita, India y muchos más. Aunque veníamos de contextos distintos, el inglés nos unió. Con el tiempo, acumulé días libres y decidí hacer un tour por Polonia con mi amigo latino. Visitamos Varsovia, Cracovia, Gdansk y nadamos en el mar Báltico.



■ **Lo más valioso de esta experiencia fue conocer personas de diferentes países como Siria, Israel, Arabia Saudita, India y muchos más. Aunque veníamos de contextos distintos, el inglés nos unió. Nuestra travesía culminó en Budapest, donde tomé un tren de regreso a Berlín para abordar mi vuelo de regreso.**

Al finalizar el campamento, decidí viajar con Nick a otros países cercanos. Juntos exploramos Eslovenia, la República Checa, Austria y Bulgaria. Cada país tenía su propia cultura y arquitectura, lo que hacía que cada experiencia fuera mágica. Nuestra travesía culminó en Budapest, donde tomé un tren de regreso a Berlín para abordar mi vuelo de regreso.

En mi última escala en París, con 12 horas libres, aproveché para recorrer la ciudad, aunque los Juegos Olímpicos habían provocado cierres en algunas atracciones. Compré un pan francés y visité la Torre Eiffel, decorada con los anillos olímpicos. Finalmente, abordé mi vuelo hacia Bogotá con sentimientos encontrados: felicidad por reencontrarme con mi familia, pero nostalgia por dejar atrás territorios y amistades que marcaron mi vida. Sin duda, esta aventura quedará grabada en mi corazón para siempre.